



CSIC



**DETLI**

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales  
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo  
ISBN 978-950-585-116-4



UNION  
ACADEMIQUE  
INTERNATIONALE

## Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

**epígrafe.** Del griego *epigraphē*, inscripción. (ing. *epigraph*, fr. *épigraphe*, it., *epígrafe*, al. *Epigraph*, port. *epígrafe*).

[antiguo]. *Frases conmemorativas.* 2. *Frases o versos de otra autoría que encabezan una obra o parte de ella como lema o fuente de inspiración.* 3. *Título de las partes o capítulos de una obra.*

El *epígrafe* forma parte del *paratexto* colocado en el umbral de la obra siendo esencial su carácter breve: la *cita*, la *referencia* y el *epígrafe*, presuponen la ausencia del texto que representan y hacen evidentes las relaciones de intertextualidad. Se utiliza, por lo demás, indistintamente, en cualquier género literario. Pueden servirnos de muestra los siguientes ejemplos:

a) Narrativa: *Los otros* (1998), de Javier García Sánchez:

«Ved que os declararé un misterio: no todos moriremos, pero todos seremos transformados». CORINTIOS, 15-51/« La comparación de los objetos que nos rodean impide, frecuentemente, que lleguemos a descubrir determinados cambios en el objeto mirado». LEONARDO/ «Pervivencia de las imágenes tras la desaparición del estímulo debido al carácter duradero de los movimientos vibratorios». NEWTON/ «Existen varias clases de incógnitas». NOVALIS.

b) Poesía: *Paseo de los tristes* (1982), de Javier Egea:

#### OTRO ROMANTICISMO

.... Las aguas del olvido (Garcilaso)

... Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡yo no sé! (César Vallejo)

«Te escribo nuevamente desde una tarde helada/ de esas en que nos puede el sentimiento/ y la obsesión –ese pingajo de la soledad-/ te derriba, te ocupa, sienta plaza en tu cuerpo/ y, lo más peligroso, te alumbra, te interroga». [...]

c) Teatro: *El delincuente honrado* (1774), de Gaspar Melchor de Jovellanos:

«Es cosa muy terrible castigar con la muerte una acción que se tiene por honrada» (Acto I, escena V).

Los escritores antiguos apenas aplicaron el uso del *epígrafe* en sus textos. Comienza a extenderse su práctica literaria a partir del siglo XVI (Pietro Bembo, Giorgio Vasari) y XVII (Emanuele Tesauro, Daniello Bartoli), quedando sancionado su uso desde la extendida y generalizada utilización que del mismo desarrolla la novelística romántica y realista del siglo XIX (Walter Scott, Lord Byron, James Fenimore Cooper, etc.) hasta la actualidad.

Desde una perspectiva más propiamente narratológica, el *epígrafe* puede entenderse como aquellos: « [...] breves metatextos, de origen autorial o ajeno, ubicados antes del inicio de la obra o de una de sus partes o capítulos; de ahí su sentido de «escrito sobre/ por encima» (Valles, 2002: 336). Y que Estébanez Calderón (1999: 341) desarrolla en los siguientes términos:

Es un texto breve que, en forma de cita, aparece al comienzo de un libro, de un capítulo o de una composición poética, y en el que se resume un pensamiento o se expone una máxima que anticipa la idea directriz o el espíritu y tono que anima la obra. El uso del epígrafe, del que hay constancia en autores del siglo XVIII, es frecuente en los escritores

## epígrafe

románticos: Walter Scott, p.e., pone un epígrafe al comienzo de cada capítulo de sus novelas.

Carlos Reis (1996) señala, por su parte, que, al no ser el epígrafe una práctica identificada únicamente con el discurso narrativo, puede diferenciarse entre epígrafes con responsabilidad del autor o de procedencia ajena, esto es:

[...] en el caso del epígrafe alógrafa se recurre habitualmente a textos o fragmentos de textos de autoridad reconocida [...]; en el caso del epígrafe autógrafa (menos frecuente que el alógrafa), el autor inscribe una reflexión de su autoría, que puede revestirse de carácter pragmático [...] (Reis, 1996: 75).

Con respecto al *epígrafe alógrafa*, la casi totalidad de los textos narrativos recurren a su presencia puesto que suele desempeñar diversas funciones dentro de los planos semántico y pragmático ubicados en el ámbito lector. Así, pueden citarse, entre cualesquiera otros, los dos epígrafes que utiliza el novelista Alonso Cueto en su obra *La hora azul* (2005), basada en el episodio real –ubicado en el Perú de la guerra civil con Sendero Luminoso– de un militar que convivió con una prisionera hasta que ella huyó, con claras funciones de tipo temático e ideológico respectivamente:

Una joven detenida, menor de edad, había sido convencida para pasar la noche en la habitación de un alto oficial de Los Cabitos. [...] La madrugada del 3 de marzo la detenida escapó (Ricardo Uceda, *Muerte en el Pentagonito*).

-Sí- dije, y casi sin darme cuenta añadí-: A lo mejor uno no es sólo responsable de lo que hace, sino también de lo que ve o escucha (Javier Cercas, *La velocidad de la luz*).

Para el caso del *epígrafe autógrafa*, Arturo Pérez Reverte en su novela *La piel del tambor* (1995) lo utiliza, además, con un matiz introductor y aclaratorio acerca de la arquitectura ficcional de dicha historia. O, también, incluso, el propio autor puede recurrir a un determinado tipo de intertextualidad autoral incluyendo en el epígrafe a textos de obras suyas anteriores, tal y como pone en práctica José Carlos Somoza el cual, en su *thriller* futurista, titulado *La Llave del abismo* (2007), utiliza, como pórtico a la narración, dos referencias epigráficas de un supuesto libro de procedencia ignota y que aparecen denominadas como *Fragmento de un texto prebíblico de origen desconocido*, que, en realidad, están extraídas de otra de sus novelas, *Dafne desvanecida* (2000).

El *epígrafe* puede, consiguientemente, asumir las siguientes distintas funciones en su aplicación y estructuración textual: 1) Interpreta o explica el texto; 2) Enriquece su significado; 3) Define el motivo principal, el accesorio o el protagonista; 4) Desempeña la función decorativa; 5) Transmite el mensaje del autor de la cita, o rinde homenaje a su honor («el poder de la autoridad»); 6) Evoca el texto fuente y se inscribe en una determinada tradición literaria, y 7) Explica o justifica el título de la obra (Elbanowski, 1995: 157).

Parece, por tanto, evidente que el *epígrafe*, después del *título*, es el elemento paratextual que más incidencia e información puede ofrecer sobre el contenido o sentido de una narración por lo que algunos críticos han subrayado, de manera especial, el desarrollo de esta manifestación extradiegética (Álamo, 2009). Por otra parte:

el epígrafe viene a ser parte de una estrategia intencional de inscripción del texto dentro de un ámbito de pensamiento o una línea de producción ideológica o estética. [...] En otros casos, la conexión se establece entre un

## epígrafe

elemento particular de la obra del citante y otro elemento de la obra citada. Tal es el caso, por ejemplo, de un personaje, una situación o una idea que se defiende o, al contrario, se critica. Es, por lo tanto, un fenómeno a la vez intertextual y transtextual (Sabia, 2005: 8).

Además, y en una serie determinada de obras, el encabezamiento de los capítulos por medio del epígrafe conforman una plasmación del progreso de la intriga y, en otras, su disposición –amplitud, orden, titulación, etc.- debe relacionarse con la estructuración del texto. Es muy significativo, con respecto al primer caso, cómo utiliza esta modalidad epigráfica Javier García Sánchez en su narración *Dios se ha ido* (2003), en la que su división en «Libros» es connotada de la siguiente manera:

LIBRO I. *En donde se describen cuitas de inicuo jaez y también cogitaciones de toda laya de un Hombre Normal en busca de su duro e incierto destino.*

LIBRO II. *En donde el Perplejo Protagonista, postrado de hinojos ante la realidad, hállase ahíto de pingües sinsabores y dudas, mas a la sazón aún porfía.*

LIBRO III. *En donde el Agotado Narrador asume su nulo heroísmo y, a guisa de inconsútiles molinos, afronta con gallardo temple los envites de la vida.*

Por último, debemos anotar cómo algunos autores transforman la utilización clásica y tradicional del *epígrafe* para convertirlo en un complejo metatextual, interpretativo, e, incluso, autobiográfico, esto es, de ruptura absoluta con toda su conformación literaria anterior, tal y como lo pone en práctica Jorge Luis Borges:

El epígrafe borgiano no es, entonces, lo que constituye una regla en esta forma de discurso, la evocación de una autoridad o tradición literaria, el testimonio de la inspiración que indica a un autor concreto o su obra. Borges, por una parte, cita a los autores favoritos, expresando sus propios gustos literarios (anglosajones) o sus fascinaciones filosóficas, pero, por otra parte, no evoca los textos, sino unas frases sueltas que encajan con sus propias obras. Existe, por lo tanto, una discrepancia evidente entre el hecho de evocar y el acto de la inspiración (Elbanowski, 1995: 157).

## BIBLIOGRAFÍA

Álamo Felices, Francisco. «Paratextualidad y novela: las partes del texto o el diseño editorial», *Anuario de Estudios Filológicos* (Cáceres), XXXII (2009), pp. 5-21; Elbanowski, Adam. «El Epígrafe en la obra de Jorge Luis Borges», *La Palabra y el Hombre* (Veracruz, México), 96 (1995), pp. 151-165. Disponible en <http://www.cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/1177/1/1995096P151.pdf> [Consulta: 01/9/2014]; Estébanez Calderón, Demetrio. *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1999; Platas Tasende, Ana María. *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000; Reis, Carlos; Lopes, Ana Cristina. *Diccionario de Narratología*, Salamanca, Ediciones del Colegio de España, 1996; Sabia, Saïd. «Paratexto, dedicatorias y epígrafes en algunas novelas mexicanas», *Espéculo. Revista digital de estudios literarios* (Madrid), X, 31 (noviembre 2005- febrero 2006); Valles Calatrava, José (dir.). *Diccionario de teoría de la narrativa*, Granada, Alhulia, 2000.

Francisco ÁLAMO FELICES

Universidad de Almería.